



Una poética de la memoria y el olvido en *Traiciones de la memoria* y *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince

Óscar Javier González Molina¹

El Colegio de México
dimascaleb@hotmail.com

Resumen: Si bien los recuerdos se entrelazan en la construcción de una historia de vida, es el olvido el que delimita los contornos de nuestra existencia, diferenciando la alegría de la tristeza, lo importante de lo superfluo. En sus textos *Traiciones de la memoria* (2009) y *El olvido que seremos* (2006), el escritor colombiano Héctor Abad Faciolince reflexiona sobre la función de la memoria y el olvido en una escritura autobiográfica marcada por la muerte, el dolor y la reconciliación. La dialéctica memoria-olvido se proyecta con todas sus fragilidades, engaños, invenciones, complejidades y necesidades en textos que conectan lo narrativo con lo ensayístico, la certeza con la invención, y la autobiografía novelada con el tratado de la memoria. Al final, sólo queda la escritura como la fuerza que rescata los recuerdos de la desaparición, que acerca lo individual a lo colectivo, en resumen, que expresa las virtudes del olvido y los engaños de la memoria.

Palabras claves: Memoria/Olvido – Autobiografía – Invención – Alteridad – Existencia

¹ **Óscar Javier González Molina.** Investigador colombiano. Maestro en Estudios Literarios por la Universidad Autónoma del Estado de México. Actualmente es doctorando de Literatura Hispánica en El Colegio de México. Tiene publicados más de una decena de artículos de investigación en revistas académicas de Colombia, México, España y Estados Unidos, y ha participado en varios congresos nacionales e internacionales. Recientemente participó con su escrito “Muerte y soledad en *Dylan y las ballenas* de María Baranda” en el libro *El poema extenso en México* (Los Cuatrocientos, 2012). Así mismo, integra otros proyectos de publicación sobre poesía y narrativa latinoamericana que están próximos a aparecer.

Abstract: While memories are intertwined in the construction of a life story, it is forgetting that defines the contours of our existence, differentiating happiness from sadness, the important from the superfluous. In his works “Betrayals of memory” (2009) and *Oblivion. A Memoir* (2006), the Colombian writer Hector Abad Faciolince reflects on the role of memory and forgetting in autobiographical writing marked by death, grief and reconciliation. The memory-forgetting dialectic is projected with all its weaknesses, deceit, inventions, complexities and needs in texts that connect narrative with the essay, certainty with invention, and fictionalized autobiography with the manifest of memory. In the end, it is writing that remains as the force that rescues memories from disappearance, which brings the individual to closeness with the collective, in short, the force that expresses the virtues of forgetfulness and the tricks of memory

Keywords: Memory/Oblivion - Autobiography - Invention - Otherness - Existence

Los recuerdos son moldeados por el olvido
como el mar moldea los contornos de la orilla.
Marc Augé, *Las formas del olvido*.

Dice Marc Augé que “hay páginas e imágenes que nos mueven a pensar que hubiéramos podido ser sus autores o, por lo menos, que nos hubiera gustado serlo” (*Las formas* 97). Seguramente, *El olvido que seremos* (2006) y *Traiciones de la memoria* (2009) compondrían estas páginas². En estos escritos Héctor Abad Faciolince teje una prosa enérgica y bella a partir del recuerdo más doloroso de su vida: el asesinato de su padre, Héctor Abad Gómez, a manos de un grupo paramilitar el 25 de agosto de 1987, durante una de las épocas más cruentas y viscerales del conflicto armado colombiano³.

Una de las características de la literatura contemporánea es la transgresión y reformulación genérica, de tal suerte que su clasificación en esquemas y tradiciones teórico-formales resulta compleja y, en algunos casos, innecesaria. Expresiones como el collage, el *performance*, la escritura automática

² Lectores como el nobel peruano, Mario Vargas Llosa, declaran la gran conmoción que les causó su primer encuentro con la novela de Abad Faciolince: “Después de leer hace algún tiempo *El olvido que seremos*, la más apasionante experiencia de lector de mis últimos años, deseé ardientemente que los dioses o el azar me concedieran el privilegio de conocer a Héctor Abad Faciolince para poder decirle de viva voz lo mucho que le debía” (*La amistad* s.p.). Precisamente, una de las características más visibles del texto es la gran afinidad emotiva que despierta en sus lectores, pues la discusión social, política e intelectual que se manifiesta en su argumento, en muchos casos se sostiene en la expresión sentida de los momentos más dolorosos de la vida del escritor. Para el filósofo español Fernando Savater es “una obra bella y profundamente conmovedora”. Manuel Rivas se ha propuesto incluir *El olvido que seremos* dentro de un futuro canon de “libros que no dejan dormir”. Juan Cruz, director del diario español *El País*, reconoce que “este libro me pegó muy fuerte”, dado que su lectura incluso “paraliza en ocasiones”. “Otros periodistas y escritores españoles han declarado a pie juntillas su aprecio por el libro de Abad. ‘Es un libro especialmente emotivo que sería un delito dejar pasar en medio del intenso tráfago de novedades’, dijo el periodista Antonio San José hace dos semanas. ‘Es un libro hermoso, auténtico y conmovedor’, señaló por su parte la escritora Rosa Montero. ‘Es un libro tremendo y necesario, de un coraje arrasador. Por momentos me he preguntado cómo ha tenido Abad la valentía de escribirlo’, dijo Javier Cercas, autor de la célebre novela *Soldados de Salamina*” (*Éxito inesperado* s.p.).

³ Para Luis Fernando Afanador, “Colombia es un país de víctimas que nunca han hablado, por temor o porque otros han contado la historia. *El olvido que seremos*, esa obra inclasificable, es un libro en el que por primera vez habla una víctima. Y lo hace sin odio y sin ánimo de retaliación. Con la distancia y la lucidez que se adquieren después de que las lágrimas se han secado. Habla desde un deseo de encontrar su verdad, porque se trata de un libro íntimo que va hasta el límite de lo humanamente confesable. La prueba de que este es el libro de las víctimas en un país de víctimas es que ha sido el más vendido en los últimos años: ya hace parte de la memoria colectiva” (*Treinta años* s.p.).

y las instalaciones artísticas, entre otras, evidencian los diferentes esfuerzos del arte por quebrantar los límites tradicionales, así como su apuesta creativa en el diálogo interartístico⁴. En este orden de ideas, *El olvido que seremos* y *Traiciones de la memoria* no son sólo relatos autobiográficos, ya que también se pueden analizar desde lo ensayístico, como reflexiones sobre la memoria y el olvido que en muchos aspectos emulan los tratados de la memoria, ampliamente populares en los siglos XVI y XVII, aunque por su brevedad, carácter ficcional y variedad temática no se acoplan por completo a este modelo (Cfr. Yeats *El arte*). Así pues, en sus textos Faciolince comprende la fragilidad de la memoria, la imposibilidad de recuperar los recuerdos con total claridad y precisión, por tanto declara que con el pasar del tiempo:

(...) las cosas terminan siendo tan irreales como ese objeto definido una vez maravillosamente por Lichtenberg: «Un cuchillo sin hoja al que le falta el mango». ¿Qué objeto es ese? Un objeto que puede existir tan sólo en las palabras, una cosa que no se puede mostrar, pero una cosa que ustedes pueden ver en esa frase: «Un cuchillo sin hoja al que le falta el mango». Eso es el pasado casi siempre, algo que ya no es y de lo cual solo nos queda el rastro de las palabras (*Traiciones* 11 y 12).

Para el escritor colombiano la memoria vive en el lenguaje, en la posibilidad de comunicar aquello que requiere nuestro presente y nos negamos a abandonar en las fauces del olvido; de suerte que en una entrevista realizada por María Escobedo Prieto, Faciolince explica que “la escritura es una prótesis

⁴ Al respecto, Vargas Llosa afirma que “es muy difícil tratar de sintetizar qué es *El olvido que seremos* sin traicionarlo, porque, como todas las obras maestras, es muchas cosas a la vez. Decir que se trata de una memoria desgarrada sobre la familia y el padre del autor -que fue asesinado por un sicario- es cierto, pero mezquino e infinitesimal, porque el libro es, también, una sobrecogedora inmersión en el infierno de la violencia política colombiana, en la vida y el alma de la ciudad de Medellín, en los ritos, pequeñeces, intimidaciones y grandezas de una familia, un testimonio delicado y sutil del amor filial, una historia verdadera que es asimismo una soberbia ficción por la manera como está escrita y construida, y uno de los más elocuentes alegatos que se hayan escrito en nuestro tiempo y en todos los tiempos contra el terror como instrumento de la acción política” (*La amistad* s.p.). Aldo Castañón también apunta que “la obra puede leerse como una novela, o aun como un poema trágico, donde la muerte se anuncia, sigilosa, casi desde las primeras páginas para irrumpir definitivamente con la enfermedad y muerte relampagueante de la hermana Martha Cecilia” (*Sobre un memorial* 115).

de la memoria, sin duda, y por eso los aedos que recitaban largos poemas heroicos de memoria odiaban la escritura, que los dejaba sin oficio, del mismo modo que los maleteros odiaron las maletas con rueditas” (Héctor Abad 105). Los recuerdos vuelven con la fragilidad de las cosas perdidas, que en cierto momento dejaron de acompañarnos pero que reposan en algún lugar, esperando el llamado de nuestra voz, la urgente necesidad de una memoria que nace del olvido. La memoria, entonces, intenta afianzar el recuerdo mediante el lenguaje, dotar a las imágenes de las cualidades y perfiles que perdieron con el pasar del tiempo, en esa dinámica de conservación-supresión con la que se construyen nuestras historias de vida⁵. Por tanto, los recuerdos no son pequeñas piezas, objetivas y funcionales, que se acoplan por completo a un relato cerrado y veraz⁶; no, los recuerdos son frágiles como la vida y es precisamente su inconsistencia lo que les permite adherirse íntima y sinceramente a la continua narración de nuestras existencias, pues, como escribe Faciolince: “cada vez estoy más convencido de que una memoria solamente es confiable cuando es imperfecta, y que una aproximación a la precaria verdad humana se construye solamente con la suma de los recuerdos imprecisos, unidos a la resta de los distintos olvidos” (Traiciones 130).

Si bien la memoria se encarga de dotar a los recuerdos de contornos que permiten identificarlos dentro de un espacio –cosas representadas en imágenes definidas–, también reacciona contra el tiempo, como una fuerza que se moviliza del presente hacia el pasado para rememorar un recuerdo⁷ que dará sentido a

⁵ “En primer lugar hay que recordar algo evidente: que la memoria no se opone en absoluto al olvido. Los dos términos para contrastar son la *supresión* (el olvido) y la *conservación*; la memoria es, en todo momento y necesariamente, una interacción de ambos. El restablecimiento integral del pasado es algo por supuesto imposible (pero que Borges imaginó en su historia de *Funes el memorioso*), por otra parte, espantoso; la memoria, como tal, es forzosamente una selección: algunos rasgos del suceso serán conservados, otros inmediata o progresivamente marginados, y luego olvidados” (Todorov *Los abusos* 22).

⁶ En este sentido, el escritor colombiano complementa la concepción científica de la memoria, según la cual ésta “como capacidad de conservar determinadas informaciones, remite ante todo a un complejo de funciones psíquicas, con el auxilio de las cuales el hombre está en condiciones de actualizar impresiones o informaciones pasadas, que él se imagina como pasadas” (Le Goff *El orden* 131).

⁷ Para la definición de los términos “memoria”, “recuerdo” y “rememoración”, nos acogemos al criterio de Paul Ricœur quien toma “el recuerdo como cierta clase de imagen, y la rememoración como una empresa de búsqueda coronada o no por el reconocimiento” (*La memoria* 165). En este orden de ideas, la memoria es aquí comprendida como el espacio –interior o exterior, colectivo o

nuestras vidas y nos ayudará a proyectarnos hacia el futuro, por tanto “la Memoria es el contrapeso que equilibra el poder disolvente del Tiempo y, asimismo, la puerta abierta a la salvación frente al curso demoníaco de aquel” (Gómez *El idioma* 23). Ahora bien, para Faciolince la lucha contra el tiempo fortalece y debilita su memoria, pues, por una parte, hay recuerdos que se adhieren fuertemente a su historia de vida, como el asesinato de su padre, narrado en *El olvido que seremos*; por otra parte, hay aspectos o momentos que no rememora con facilidad, para los cuales debe recurrir al apunte escrito, como sucede con el poema de Borges que toma de los bolsillos ensangrentados de su progenitor, y que motiva la búsqueda filológica que expone en *Traiciones de la memoria*⁸. En esta instancia, valdría preguntarse junto con Maurice Halbwachs, “¿hasta qué punto el pasado puede ser realmente ilusión? ¿Sucede que los recuerdos imponen a la conciencia el sentimiento de su realidad como ciertas imágenes alucinatorias que solemos confundir con sensaciones?” (*Los marcos* 42). No es fácil dar certeza de algunos momentos, es decir, asegurar conscientemente que los vivimos, aunque hagan parte del gran campo de nuestra memoria. Las fuerzas del olvido ocultan y reprimen ciertos sentimientos o acontecimientos pasados que dificultan nuestra vivencia afortunada del presente.

Todos tenemos en nuestras vidas algunas zonas de sombra. No necesariamente son zonas vergonzosas; hasta es posible que sean las

privado- en el que se construye de manera amplia el pasado, donde se reúnen todas las imágenes, voces, sentimientos y pensamiento que podemos evocar de tiempos vividos. El recuerdo son las circunstancias, imágenes, paisajes, etc., que componen la memoria, y que recuperamos como estados definidos del pasado (un hombre puede recobrar el recuerdo de una tarde en el parque, asíéndolo del gran número de imágenes y vivencias que comprenden su memoria del pueblo de infancia; o tal vez pueda recordar la sonrisa de algún transeúnte, la cual hace parte del gran marco de la memoria de su juventud o, es más, de su vida entera). Por último, la rememoración consiste en la empresa evocativa que ejercemos para rescatar recuerdos del olvido y luego instalarlos en el amplio espacio de la memoria, es decir es el proceso activo y propositivo mediante el cual desatamos imágenes, sonidos, pensamientos, sentimientos, etc., de las fuerzas del olvido y las configuramos y ubicamos como recuerdos en la memoria privada, común o social.

⁸ Sobre la complejidad de la memoria y el carácter intempestivo de algunos recuerdos que asaltan la cotidianidad del hombre, escribe San Agustín: “Cuando yo estoy allá, en esta bastida grandiosa, pido que se me presente todo lo que se me antoja. Algunas cosas salen luego; otras es menester buscarlas más despacio, y a la postre se las saca como de ciertos muy abstrusos escondrijos; otras irrumpen en tropel, y mientras se pide o se busca otra cosa, saltan en medio, como diciendo con impaciente cortesía: «¿Es a nosotras quizá?...»” (*Confesiones* X VIII).

partes de nuestra historia que más nos enorgullezcan, las que al cabo del tiempo nos hacen pensar que, a pesar de los pesares, se justificó nuestro paso por la tierra, pero que como forman parte de nuestra intimidad más íntima, no queremos compartirlas con nadie. También pueden ser zonas ocultas porque nos resultan vergonzosas, o al menos porque sabemos que la sociedad que nos rodea en ese momento las rechazaría como odiosas o monstruosas o sucias, aunque para nosotros no lo sean. O pueden estar a la sombra esas zonas porque de verdad, e independientemente de cualquier tiempo o cultura, son hechos reprobables, detestables, que la moral humana de cualquiera no podría aceptar (Faciolince *El olvido* 228).

Contra el olvido lucha constantemente Faciolince, pues teme que el tiempo y la inercia lancen a un pozo de silencio y oscuridad sus recuerdos más íntimos o dolorosos. Para el escritor, el tiempo es una fuerza implacable que ensombrece y acalla el pasado, por tanto siente la urgencia de narrar aquellos momentos que definieron su vida y mediante la literatura ofrecer un testimonio de su época, de la violenta vorágine del conflicto armado colombiano⁹. El olvido se apodera progresivamente de la vivencia humana al grabar grietas y hendiduras que debilitan nuestra conciencia del pasado, las cuales, como sugiere Paolo Montesperelli, en relación con la obra de Proust, “surcan la masa indistinta de la memoria; [también son] los puntos oscuros, indicados por Nietzsche, que por contraste permiten definir de manera más clara los recuerdos seleccionados; los espacios vacíos en la cera que, en la semejanza platónica, permiten percibir mejor las huellas dejadas por el punzón” (*Sociología* 141). En resumen, el olvido se compone de aquellas borraduras que cancelan nuestra comprensión continua del pasado, pero que, sin embargo, motivan la

⁹ En este sentido, Danilo Rojas denuncia que Héctor Abad “fue una víctima –Héctor es también una víctima– que ejemplifica trágicamente lo que muchos colombianos padecieron y padecen por mor de esa orgía de sangre e intolerancia que caracteriza nuestro pasado reciente. Las reivindicaciones de las víctimas porque se sepa lo que pasó en realidad –derecho a la verdad– han estado acompañadas de tiempo atrás con denuncias de todo tipo; unas más lúcidas que otras, pero no por ello menos importantes. En este sentido, el libro [*El olvido que seremos*] hace parte de esa zaga de escritos hechos por colombianos, por distintas motivaciones, pero con un propósito común no convenido: hacer memoria de lo que hemos sido en los últimos años” (*La denuncia* s.p.). Así pues, Faciolince declara que con la publicación de *El olvido que seremos* lo que le interesa “es que se sepa la verdad. Que en mi caso y en los de miles de víctimas más de la violencia se sepa quién disparó, quién mandó disparar, quiénes fueron, si existen, los miembros de la clase dirigente antioqueña que celebraron la muerte de mi padre. Yo quiero que se sepa bien cómo lo hicieron, por qué lo hicieron. Y esa verdad es la que va a revelar su maldad, su brutalidad, su mezquindad, su horror” (*Ahora estoy tranquilo* s.p.).

esclarecedora empresa rememorativa¹⁰. Es en la memoria de los otros, para quienes del algún modo fuimos importantes o necesarios, donde nuestra imagen se refugia de las potencias del olvido y el silencio. En el último capítulo de *El olvido que seremos*, al hacer un balance de su narración, Faciolince escribe que:

Todos estamos condenados al polvo y al olvido, y las personas a quienes yo he evocado en este libro o ya están muertas o están a punto de morir o como muchos morirán –quiero decir, moriremos– al cabo de unos años que no pueden contarse en siglos sino en decenios (...) Sobrevivimos por unos frágiles años, todavía, después de muertos, en la memoria de otros, pero también esa memoria personal, con cada instante que pasa, está siempre más cerca de desaparecer. Los libros son un simulacro del recuerdo, una prótesis para recordar, un intento desesperado por hacer un poco más perdurable lo que es irremediabilmente finito (272).

El olvido no sólo se relaciona con el silencio, sino también con la muerte o, para ser precisos, con la naturaleza finita del hombre y lo que le rodea. Todo acto de escritura implica un intento por detener el deterioro de las cosas y conservar aquello que resulta necesario para continuar con nuestras existencias. La memoria escrita, entonces, es el último espacio en el que se refugian las imágenes del pasado cuando las otras herramientas mnemotécnicas comienzan a fallar o, sencillamente, a sucumbir ante el implacable tiempo. Frente a la muerte y a la indiferencia se alza la escritura, como una suerte de memoria del otro, de recuerdo compartido que conserva lo que para muchos ya había sido devorado por el silencioso pasar del tiempo¹¹. Pero ¿qué se rescata?, ¿cuál es el

¹⁰ Sobre este particular, Pilar Calveiro escribe que “entre la memoria y el olvido existe una relación compleja, que elude las precisiones. Se ha hablado extensamente de la memoria en medio de olvido e incluso modelada por él, como analogía de la palabra en el silencio o bien del texto sobre el espacio en blanco del papel, en fin, como juegos de figura-fondo” (“La memoria” 25). Pierre Bertrand también reconoce la compleja retroalimentación entre la pérdida y la conservación del pasado, y afirma que “el olvido sobreviene en el límite de la memoria. En consecuencia es tanto hacia adelante como hacia atrás que la memoria mantiene una relación esencial con el olvido. Hacia atrás porque el olvido es su fondo sin fondo; hacia adelante, porque constituye su exceso. El olvido está más allá y más acá. Está en todos lados” (*El olvido* 74 y 75).

¹¹ “Certes si notre impression peut s'appuyer, non seulement sur notre souvenir, mais aussi sur ceux des autres, notre confiance en l'exactitude de notre rappel sera plus grande, comme si une

pasado que salvaguardamos? Comúnmente rememoramos los momentos felices o dolorosos que rodearon nuestros primeros años, aquella etapa de la existencia donde despunta el proyecto de vida de todos los hombres¹². Al respecto, Faciolince asegura que:

La cronología de la infancia no está hecha de líneas sino de sobresaltos. La memoria es un espejo opaco y vuelto añicos, o, mejor dicho, está hecha de intemporales conchas de recuerdos desperdigadas sobre una playa de olvidos. Sé que pasaron muchas cosas durante aquellos años, pero intentar recordarlas es tan desesperante como intentar recordar un sueño, un sueño que nos ha dejado una sensación, pero ninguna imagen, una historia sin historia, vacía, de la que queda solamente un vago estado de ánimo. Las imágenes se han perdido. Los años, las palabras, los juegos, las caricias se han borrado, y sin embargo, de repente, repasando el pasado, algo vuelve a iluminarse en la oscura región del olvido. Casi siempre se trata de una vergüenza mezclada con alegría, y casi siempre está la cara de mi papá, pegada a la mía como la sombra que arrastramos o que nos arrastra (*El olvido* 137).

El viaje a los terrenos de la infancia está lleno de contrariedades. Si bien atesoramos los momentos vividos en nuestra niñez –ya sea porque tienen la atmósfera de un “paraíso perdido” del que fuimos arrancados al ingresar en la vida adulta, ya sea porque irradian situaciones y emociones destructivas que trastornaron nuestro espíritu–, al momento de volver la mirada para evaluarla nos encontramos con imágenes inconclusas, recuerdos falseados o relatos de terceros. Así pues, “los recuerdos de infancia se asemejan a recuerdos-imágenes: presencias fantasmagóricas que acechan, unas veces levemente y otras con más insistencia, la cotidianeidad de nuestra existencia, paisajes o rostros

même expérience était recommencée non seulement para la même personne, mais par plusieurs” (Halbwachs *La mémoire* 52).

¹² A propósito de la memoria de infancia, Gaston Bachelard apunta que “esos recuerdos que viven por la imagen, en la virtud de la imagen, llegan a ser en ciertas horas de nuestra vida, sobre todo al llegar la edad de calma, el origen y la materia de un ensoñación compleja: la memoria sueña, la ensoñación recuerda. Cuando esta ensoñación del recuerdo se convierte en el germen de una obra poética, el complejo de memoria y de imaginación se estrecha y se producen acciones múltiples y recíprocas que engañan la sinceridad del poeta. Más exactamente, los recuerdos de la infancia feliz están dichos con una *sinceridad de poeta*. Sin cesar, la imaginación reanima la memoria, la ilustra” (*La poética* 39).

desaparecidos que encontramos también a veces, fugitivamente, en nuestros sueños, detalles incongruentes, sorprendentes por su aparente insignificancia” (Augé *Lasformas* 28). Sólo algunos recuerdos resisten al tiempo, reaparecen con tanta fuerza que se imponen a la rutina y, entre satisfacciones y tormentos, nos plantean los derroteros que orientan nuestro proceder moral y espiritual¹³.

Héctor Abad Faciolince apuesta por la construcción de una poética de la memoria y el olvido que se sostiene en la figura del padre fallecido, de “sus besos, grandes y sonoros, [que] nos aturdían y se quedaban retumbando en el tímpano, como un recuerdo doloroso y feliz” (*El olvido* 20). Los momentos vividos con su padre desatan toda una suerte de pensamientos y emociones que interrumpen la creación de una memoria reposada y continua del pasado¹⁴. Los recuerdos arrastran consigo presencia vecinas, situaciones que están íntimamente ligadas con la imagen paterna¹⁵, de modo que un beso fuerte y sonoro no sólo produce alegría en el espíritu del que rememora, también revive el inmenso dolor de la pérdida. “Así es la memoria, superpone en el mismo espacio recuerdos de tiempos distintos” (Faciolince *Traiciones* 165), de suerte que la empresa rememorativa puede despertar un sinfín de emociones y pensamientos que fragmentan la comprensión de un pasado monumental o canonizado. La memoria, entonces, abandona el pedestal en que la coloca el

¹³ Vale recordar la opinión de Ernesto Sábato, para quien “la memoria es lo que resiste al tiempo y a sus poderes de destrucción, y es algo así como la forma que la eternidad puede asumir en ese incesante tránsito. Y aunque nosotros (nuestra conciencia, nuestros sentimientos, nuestra dura experiencia) hayamos ido cambiando con los años; y también nuestra piel y nuestras arrugas van convirtiéndose en prueba y testimonio de ese tránsito, hay algo en el ser humano, allá muy adentro, allá en regiones muy oscuras, aferrado con uñas y dientes a la infancia y al pasado, a la raza y a la tierra, a la tradición y a los sueños, que parece resistir a ese trágico proceso resguardando la eternidad del alma en la pequeñez del ruego” (*La resistencia* 30).

¹⁴ En este sentido, Carlos Gaviria Díaz, político y amigo cercano de Héctor Abad Gómez (el padre asesinado de Abad Faciolince), explica la necesaria distancia temporal que el novelista toma para escribir su historia. “La brecha temporal era necesaria porque entre el sentimiento desgarrado y la emoción poética media una considerable distancia que el escritor no puede permitir sin faltar a su compromiso estético. El primero hace parte de la historia personal de cada quien, incluido el escritor, y la segunda es su justificación frente al lector” (*La justicia* 10).

¹⁵ En relación con esta particular dinámica de la memoria, Aristóteles declara que “cuando nosotros hacemos acto de reminiscencia, una de las emociones anteriores nos excita hasta que nosotros llegamos a aquella después de la cual ésta viene habitualmente. Es por ello también por lo que nosotros buscamos con el pensamiento lo que viene a partir de un instante o de alguna parte, y a partir de una cosa semejante o contraria o vecina. He aquí lo que engendra la reminiscencia” (*Parva* § 451b).

pensamiento clásico –como una facultad estructuradora que produce historias lineales y concretas del pasado¹⁶– y se muestra como realmente es: frágil, compleja y en continuo proceso de construcción.

Frente a la dificultad que presenta toda empresa rememorativa debemos recurrir a herramientas mnemónicas que permitan traer de vuelta, así sea mecánicamente, los instantes que significan nuestro presente, pero que fueron desplazados por las fuerzas del olvido o por otro recuerdo más certero. Cada vez que Faciolince desea rememorar el momento en que tomó el poema de Borges de la bolsa ensangrentada de su padre, la imagen de la muerte, del cuerpo agonizante de su progenitor, domina todas sus reconstrucciones imaginativas, por tanto debe recurrir al archivo, al apunte de diario para verificar la existencia de ese poema. La escritura pasada se superpone a la escritura presente para crear la imagen definida de un recuerdo: “Apunté en mi diario, aunque nunca pensé que lo fuera a olvidar, que había encontrado un poema en el bolsillo de mi padre muerto. Ese momento ya no lo recuerdo. Pero aunque no lo recuerde, tengo varias pruebas, de que eso sucedió en mi vida, así ese instante, ahora, esté desterrado de mi memoria” (Faciolince *Traiciones* 17). En este orden de ideas, nos valemos de todo elemento para construir la historia de nuestras vidas, de tal suerte que los esfuerzos de la memoria no se circunscriban a nuestra capacidad evocativa, siempre tan endeble y dudosa. Sobre la dificultad de la labor rememorativa, Henri Bergson afirma que:

Quando dejamos que nuestra memoria vague al azar, sin esfuerzo, unas imágenes suceden a otras, todas ellas situadas en un mismo plano de la conciencia. Por el contrario, en cuanto hacemos un esfuerzo para acordarnos, parece como si nos retiráramos a un nivel superior, para descender luego progresivamente hacia las imágenes que se han de evocar. Si en el primer caso, asociando unas imágenes a otras, nos movíamos con un movimiento que podemos llamar horizontal, en un plano único, habrá que decir que en el segundo caso el movimiento es vertical, y que mediante él pasamos de un plano a otro (*La energía* 117).

¹⁶ En la memoria “no hay registro, no hay cajón, aquí no hay siquiera propiamente hablando, una facultad, porque una facultad se ejerce de modo intermitente, cuando ella quiere o cuando puede, mientras el amontonamiento del pasado sobre el pasado prosigue sin tregua” (Bergson *Memoria* 47).

En el recuerdo no es el objeto o la situación la que atraviesa todos los planos de la conciencia para alojarse en el presente, pues es su imagen la que se desplaza desde el pasado para iluminar la memoria. No hay memoria sin imaginación¹⁷. La reactualización del pasado no es imitación de lo vivido, pues implica un nuevo proceso de creación que establece un vínculo entre la acción rememorativa del hombre y sus preocupaciones actuales. En este sentido, Marc Augé se pregunta si “¿acaso no tenemos todos un cierto número de imágenes que vagan por nuestra cabeza, a las que denominamos impropriamente recuerdos y de las que jamás nos desharemos porque reaparecen en nuestro firmamento con la regularidad de un cometa, arrancadas a su vez de un mundo del que lo ignoramos casi todo?” (*Las formas* 25).

Así pues, los hombres no sólo recordamos, también inventamos nuestro pasado, ya que nos resulta imposible apresar todos los gestos, palabras y reacciones que rodearon un evento transcurrido, por tanto, nos es imperioso crear ciertos detalles que puedan barnizar la fragilidad del recuerdo y con ello elaborar una memoria, sino completa, por lo menos confiable de nuestras existencias. En *El olvido que seremos*, el autor lucha por reconstruir los gestos más sinceros y desesperanzadores de la vida de su padre, incluso aquellas decisiones o situaciones que lo condujeron a la muerte. Faciolince imagina el asesinato de su progenitor, reconstruye las acciones y pensamientos del ajusticiado en una narración en tercera persona que esboza una memoria compartida del fatídico suceso. La imposibilidad de recuperar el acontecimiento obliga a la memoria a crearlo, con el objeto de incluirlo como una probabilidad de pasado en la historia personal del escritor¹⁸. Así pues, la invención de la

¹⁷ “¿A qué parte del alma pertenece la memoria? Es evidente que es a esta parte que tiene que ver con la imaginación. Y las cosas que, en sí mismas, son objeto de la memoria son todas las que tienen que ver con la imaginación, y lo son accidentalmente todas aquellas que no existen en esta facultad” (Aristóteles *Parva* § 450a).

¹⁸ Maurice Halbwachs nos impulsa a preguntarnos “cómo nos representamos, después que se ha producido, un hecho que no interesa sino a nosotros mismos, que quizás no ha dejado huella sino en nosotros, la muerte de una persona que nos es querida. Entonces, si deseamos recordarnos la tristeza, el dolor, de una intensidad y de una atenuación determinada, sentida por nosotros, no podremos evocarla en forma aislada, sin haber efectuado un rodeo: no partiremos de aquello que hay de personal en el acontecimiento, de nuestra reacción afectiva, pero sí nosotros pensaremos primero en la secuencia de la enfermedad, en los últimos momentos, en

memoria no implica falsedad o conveniencia, pues en muchos casos surge de la necesidad de significar nuestras vidas, de darle contornos específicos a nuestras ilusiones y frustraciones. Héctor Abad Faciolince incluye en su memoria el siguiente recuerdo imaginado de la muerte de su padre:

¿Alcanzó a verlos mi papá, supo que lo iban a matar en ese instante? Durante casi veinte años he tratado de ser él ahí, frente a la muerte, en ese momento (...) Mi papá mira hacia el suelo, a sus pies, como si quisiera ver la sangre del maestro asesinado. No ve rastros de nada, pero oye unos pasos apresurados que se acercan, y una respiración atropellada que parece resoplar contra su cuello. Levanta la vista y ve la cara malévola del asesino, ve los fogonazos que salen del cañón de la pistola, oye al mismo tiempo los tiros y siente que un golpe en el pecho lo derriba. Cae de espaldas, sus anteojos saltan y se quiebran, y desde el suelo, mientras piensa por último, estoy seguro, en todos los que ama, con el costado transido de dolor, alcanza ver confusamente la boca del revólver que escupe fuego otra vez y lo remata con varios tiros en la cabeza, en el cuello, y de nuevo en el pecho (*El olvido* 243).

Ahora bien, la memoria no se construye individual sino colectivamente. La historia de nuestra vida surge de la interacción que tenemos con el mundo y sus habitantes, pues cuando recordamos nos ubicamos en un tiempo y espacio compartido que nos permite resolver algunas dudas sobre nuestro pasado. Aunque consideremos que la memoria es absolutamente privativa, no podemos desconocer que los recuerdos importan cuando proporcionan sentido a nuestro actuar presente, es decir, cuando impulsan u obstaculizan nuestra relación con los otros. El ejemplo más claro es la memoria de infancia que, en muchos sentidos, se elabora a partir del relato de los hombres que presenciaron nuestros primeros años. La muerte de algún ser querido también activa la dimensión colectiva de la memoria, pues los deudos comparten los recuerdos que atesoran del difunto para construir una imagen suya, lo suficientemente sólida y

los funerales, en el duelo, o incluso en los parientes y en los amigos del moribundo, o también en el lugar en donde habitaba, en la ciudad a la cual debimos ir para verle antes de su fin y, para evocar mejor aun a él mismo, pensaremos en su edad, en su profesión, en los rasgos generales de su carácter y de su existencia; lo que no impedirá, por supuestos, que recordemos también tal o cual detalle más íntimo, por ejemplo que nos había platicado poco antes acerca de esto o aquello” (*Los marcos* 51).

completa, que pueda surcar los años e imponerse ante la destrucción del tiempo. En *El olvido que seremos*, el autor no sólo narra la muerte paterna a partir de la memoria personal, ya que también retoma los testimonios de sus seres queridos, de modo que construye una historia común del momento más doloroso de su existencia.

Mientras mi mamá y yo estamos sentados al lado del cuerpo inerte de mi papá, mis hermanos y los amigos todavía no lo saben, pero se van enterando. Todos en la casa, mis cuatro hermanas, mi sobrino, tenemos un recuerdo nítido del momento en que nos enteramos de que lo habían matado. Una tarde, en La Inés, mirando la tierra y el paisaje que mi papá nos dejó de herencia, cada uno de nosotros fue contando por turnos lo que estábamos haciendo y lo que nos pasó esa tarde (*El olvido* 246).

En *Traiciones de la memoria* y *El olvido que seremos* el recuerdo está encadenado a la escritura, de tal suerte que la memoria no se limita al ejercicio rememorativo, ya que tiene un fin comunicativo. Como se ha dicho, el escritor reconoce la fragilidad y complejidad del acto memorístico; sin embargo, busca ordenar sus recuerdos en relatos autobiográficos que expresen su postura ante la felicidad, la muerte y la literatura, los cuales están precedidos, claro está, por la figura tutelar de su padre. Hayden White dice que “es tan natural el impulso de narrar, tan inevitable la forma de narración de cualquier relato sobre cómo sucedieron realmente las cosas, que la narratividad sólo podría parecer problemática en una cultura en que estuviese ausente” (*El contenido* 17). En la cultura occidental la escritura se concibe como el respaldo perfecto de la memoria, que en un primer momento se trasmite y comparte oralmente, para luego asentarse como hecho fehaciente en una fuente escrita, la cual abarca desde el diario personal o la libreta de apuntes, hasta los archivos institucionales y los textos oficiales de historia¹⁹. Así pues, la escritura decanta y organiza los

¹⁹ Al hablar del relato testimonial, Pilar Calveiro comenta que “ciertamente, la vivencia, y la marca que deja, es básicamente intransferible, pero, en virtud del sentido que se le asigna desde la memoria, es también básicamente comunicable. Y en ello reside parte de su importancia, porque

recuerdos alegres o dolorosos que se agolpaban en la conciencia del ser humano, forjando así una memoria consistente del pasado²⁰. A Héctor Abad Faciolince le urge contar su historia, narrar el doloroso asesinato de su padre, para así organizar sus recuerdos e incluirlos en una memoria colectiva que presente la violencia e indiferencia de la sociedad colombiana.

Han pasado casi veinte años desde que lo mataron, y durante estos veinte años, cada mes, cada semana, yo he sentido que tenía el deber ineludible, no digo de vengar su muerte, pero sí, al menos, de contarla (...) Es posible que todo esto no sirva de nada; ninguna palabra podrá resucitarlo, la historia de su vida y de su muerte no le dará nuevo aliento a sus huesos, no va a recuperar sus carcajadas, ni su inmenso valor, ni el habla convincente y vigorosa, pero de todas formas yo necesito contarla. Sus asesinos siguen libres, cada día son más y más poderosos, y mis manos no pueden combatirlos. Solamente mis dedos, hundiendo una tecla tras otra, pueden decir la verdad y declarar la injusticia. Uso su misma arma: las palabras. ¿Para qué? Para nada; o para lo más simple y esencial: para que se sepa. Para alargar su recuerdo un poco más, antes de que llegue el olvido definitivo (Faciolince *El olvido* 254 y 255).

Así pues, la memoria del novelista se alimenta de la memoria del país, de un pueblo flagelado por la violencia de las fuerzas insurrectas y de las fuerzas institucionales, de tal suerte que los recuerdos personales se entretajan en diferentes aristas de la realidad colombiana que ofrecen una mirada íntima, pero a su vez ilustrativa del recrudecimiento del sicariato, los atentados, y el terrorismo: “*El olvido que seremos* es un texto de un sujeto cultural que da espacio a otras voces que permiten al lector reconstruir el mapa y los trazados de una familia rota, un Estado asediado, una sociedad al borde del abismo y una ideología hegemónica impuesta por una minoría dominante y excluyente”

desde esta actualización la experiencia se hace accesible a otros y compartible con ellos. Y sobre todo, permite que el pasado fluya en el presente, dialogue con él y se transforme recíprocamente” (*La memoria* 41).

²⁰ “Como decía el mismo Borges, y es un hecho supongo que neurológico de la memoria, recordamos las cosas no tal como ocurrieron, sino tal como las relatamos en nuestro último recuerdo, en nuestra última manera de contarlas. El relato sustituye a la memoria y se convierte en una forma de olvido. Sin embargo, tiene que haber elementos de memoria precisa” (Faciolince *Traiciones* 149).

(Escobar Mesa *Lectura sociocrítica* 169). En este sentido, Andrea Fanta Castro reconoce en la novela de Faciolince los vínculos entre memoria personal y colectiva que a través del lente de un drama familiar revelan el estado de descomposición social, política y moral que consumía el medio nacional de la época:

El texto de Héctor Abad Faciolince de alguna manera trae a la narración de forma oblicua la historia del paramilitarismo y de sus víctimas. Asimismo, este libro que comienza narrando las historias desde la perspectiva de un niño, y más adelante dan paso al adulto, hace un ejercicio de memoria produciendo el propio texto y un sujeto que simultáneamente ocupa el lugar de protagonista y narrador (*Imágenes del tiempo* 30).

Comúnmente, el recuerdo de sucesos delirantemente alegres o violentamente dolorosos impactan en el presente como una manada de animales salvajes que chocan entre sí y quebrantan todos los límites, al destrozar los cercos que cuidadosamente hemos construido a través de los años para salvaguardar los terrenos de nuestra buena conciencia²¹. La escritura, entonces, permite domar los embravecidos recuerdos y embocarlos por un camino, sino llano y tranquilo, por lo menos transitado. Así pues, la redacción de la memoria no supone una definitiva y automática eliminación de todas las penas de la muerte, no, el dolor sigue, aunque ya no se apodere de nuestras acciones cotidianas y reconozca en la literatura el espacio propicio del recuerdo²². En *El olvido que seremos*, Faciolince deja un testimonio doloroso del asesinato de su padre, y aunque es consciente de la inutilidad práctica de su tentativa –la

²¹ “La serenidad, la buena conciencia, la actividad alegre, la confianza en el porvenir: todo esto depende, tanto en un individuo como en un pueblo, de la existencia de una línea de demarcación que separe lo que es claro, lo que se puede abarcar con la mirada, de lo que es oscuro y está fuera del radio de la visión; dependerá de la facultad de olvidar en el momento oportuno, así como de cuándo es necesario recordar el buen momento” (Nietzsche *De la utilidad* 12).

²² En *Los abusos de la memoria*, Tzvetan Todorov comprende la función de la memoria en la consolidación del duelo, por tanto, menciona que “otra forma de marginación de los recuerdos se produce en el duelo: en un primer momento, nos negamos a admitir la pérdida que acabamos de sufrir, pero progresivamente, y sin dejar de añorar a la persona fallecida, modificamos el estatuto de las imágenes, y cierto distanciamiento contribuye a atenuar el dolor” (39).

literatura no puede rectificar la realidad–, sabe que su oficio como escritor sólo adquirirá sentido cuando narre su relato más íntimo y sincero²³: la vida y muerte de su querido progenitor.

Mi padre tampoco supo, ni quiso saber, cuándo moriría yo. Lo que sí sabía, y ese, quizá, es otro de nuestros frágiles consuelos, es que yo lo iba a recordar siempre, y que lucharía por rescatarlo del olvido al menos por unos cuantos años más, que no sé cuánto duren, con el poder evocador de las palabras (...) buena parte de mi memoria se ha trasladado a este libro (espero tener en ustedes, lectores, unos aliados, unos cómplices, capaces de resonar con las mismas cuerdas en esa caja oscura del alma, tan parecidas en todos, que es la mente que comparte nuestra especie (*El olvido* 274).

La memoria no sólo es del pasado, también es del futuro. El recuerdo es rememorado para establecer un testimonio que permanezca en el tiempo, que esté a disposición del porvenir, un relato al que los hombres puedan recurrir para encauzar sus existencias. Si bien la memoria se narra en pasado, su escritura se proyecta hacia el futuro, pues “el deber de la memoria es el deber de los descendientes” (Augé *Las formas* 102). Así pues, son los sobrevivientes quienes recuperan y seleccionan el pasado para construir una memoria personal en la que interactúan los seres, situaciones, sentimientos y reflexiones que en algún momento decidieron sus existencias: los deudos, entonces, son los encargados de preservar el recuerdo de sus muertos, de impedir que el olvido desvanezca sus imágenes y sepulte sus historias²⁴. En ocasiones, la literatura es

²³ Ignacio Gómez advierte la importancia de la memoria en la obra de Proust no sólo como ejercicio narrativo, sino como reflexión sobre el acto de escritura, pues el artista no puede evitar materializar los relatos que atesora en sus conciencia, que hacen parte de su ser y significan su trasegar en el mundo. “El libro que, a raíz del toque de la Memoria, Proust se propone escribir, ya está escrito realmente. Grabado en su interior como un jeroglífico en la piedra –según la expresión empleada por Proust–, el Narrador no tiene más que traducir al idioma de la narración ese lenguaje figurado e interno. (...) Esa lectura interna es la que, además, hará posible que el lector circunstancial de la obra lea en sí mismo al tiempo que va leyendo el libro externo, pues este leer en sí mismo es la gran oportunidad que nos depara la lectura de los libros. Así como ver era recordar, escribir será traducir, descifrar un libro prescrito en caracteres enigmáticos” (Gómez *El idioma* 32 y 33).

²⁴ Sobre el proceso de creación de *El olvido que seremos*, Héctor Abad Faciolince explica que “Así como mi cara, sin yo querer, se ha ido convirtiendo en la cara de mi padre, así mismo, pero con la voluntad, yo quise que mi memoria y mi mente fueran por un periodo la mente de mi padre. Quise enajenarme en él, lo cual no fue tan difícil porque lo conocía íntimamente. El caso es que cuando vi que su memoria se estaba poco a poco desvaneciendo en mi mente, cuando vi que su recuerdo ya estaba casi borrado de la mente de aquellos que lo conocieron, pensé que yo tenía la

el medio más oportuno para afirmar y conservar la memoria de los fallecidos, pues la palabra escrita permanece en el tiempo, y aunque es difícil o imposible materializar en un manuscrito los sentimientos, imágenes y pensamientos que nos inundan cada vez que recordamos a nuestros seres queridos, la composición de un relato denota nuestro enorme esfuerzo por preservar la integridad del desaparecido. Los discursos del político Carlos Gaviria y el escritor Manuel Mejía Vallejo en el sepelio de Héctor Abad Gómez transparentan el poder de la escritura en el resguardo de la memoria:

Conservo los discursos de Mejía Vallejo y de Carlos Gaviria. El novelista antioqueño, nacido en el mismo pueblo que mi papá, Jericó, habló de la amenaza inminente del olvido: «Vivimos en un país que olvida sus mejores rostros, sus mejores impulsos, y la vida seguirá en su monotonía irremediable, de espaldas a los que nos dan la razón de ser y de seguir viviendo. Yo sé que lamentarán la ausencia tuya y un llanto de verdad humedecerá los ojos que te vieron y te conocieron. Después llegará ese tremendo borrón, porque somos tierra fácil para el olvido de lo que más queremos. La vida, aquí, están convirtiéndola en el peor espanto. Y llegará ese olvido y será como un monstruo que todo lo arrasa, y tampoco de tu nombre tendrán memoria. Yo sé que tu muerte será inútil, y que tu heroísmo se agregará a todas las ausencias» (Faciolince *El olvido* 247 y 248).

En este orden de ideas, *El olvido que seremos* y *Traiciones de la memoria* son relatos autobiográficos que denuncian el violento asesinato de un activista social en Colombia en los años ochenta, una época marcada por el fortalecimiento del narcotráfico, las guerrillas, y los grupos paramilitares. Sin embargo, los textos de Héctor Abad Faciolince no se detienen en la simple exposición de la compleja realidad nacional, ya que presentan una visión de mundo donde la memoria rescata el pasado y alienta el futuro²⁵. La literatura,

obligación, por mi oficio, de pasarlo otra vez por el filtro de mi corazón, evocándolo con las palabras, con toda la intensidad de la que fuera capaz mi frágil memoria. Re-cordar a otro, pasar a otro por el filtro de nuestro propio corazón, es la manera más íntima de enajenarse” (*El ensimismado* 14 y 15).

²⁵ *El olvido que seremos* es “mucho más que la mirada de un hijo hacia un padre ejemplar, el médico y humanista que murió por denunciar de manera valiente la represión que se vivía en Colombia en los años 70 y 80 bajo forma de persecución a profesores y párrocos que pensaban de manera diferente a la clase dirigente, pero también de torturas, desapariciones, asesinatos y masacres. Es también una hermosa historia de familia que muestra los valores y las

como expresión artística y sensible del hombre, le permite al escritor colombiano explorar el espacio íntimo de sus recuerdos y comunicarlos con una belleza intensa que sensibiliza al lector ante la dolorosa pérdida de un ser querido. En relación con la imagen de su padre, Faciolince dice que “si recordar es pasar otra vez por el corazón, siempre lo he recordado. No he escrito en tantos años por un motivo muy simple: su recuerdo me conmovía demasiado para poder escribirlo. (...) La herida está ahí, en el sitio por el que pasan los recuerdos, pero más que una herida es ya una cicatriz” (*El olvido* 255). En sus relatos, el escritor colombiano construye una poética de la memoria y el olvido en la que el recuerdo es valorado como eje fundamental de toda empresa vital, pues la narración del pasado significa el presente y a su vez establece las enseñanzas que alimentan el futuro. Así pues, la memoria es el testimonio de la finitud y fragilidad humana, que mediante la escritura resiste al tiempo para afirmarse en la posteridad.

Bibliografía

Abad Faciolince, Héctor. *Traiciones de la memoria*. México: Alfaguara, 2010.

_____. “El ensimismado, el enajenado”. *Cuadernos hispanoamericanos*, 729 (marzo, 2011): pp. 11 - 16.

_____. *El olvido que seremos*. México: Seix Barral, 2011.

“Ahora estoy tranquilo”. *Semana* 1281 (18 noviembre, 2006). <http://www.semana.com/cultura/articulo/ahora-estoy-tranquilo/82005-3>. Consultado por última vez el 04 de enero de 2014.

Aristóteles. *Parva Naturalia*. Trad. Jorge A. Serrano. Madrid: Alianza, 1993.

Augé, Marc. *Las formas del olvido*. Trad. Mercedes Tricás Preckler y Gemma Andujar. Barcelona: Gedisa, 1998.

contradicciones de un hogar de clase media liberal, donde los libros y los discos eran más importantes que los carros y las vajillas, una familia celular rodeada de tíos y tías que rezaban el rosario mañana, tarde y noche, una madre creyente y respetuosa de la Iglesia, pero también del espíritu librepensador y científico de su marido” (*Ahora estoy tranquilo* s.p.).

Bachelard, Gaston. *La poética de la ensoñación*. Trad. Ida Vitale. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1993.

Bergson, Henri. *La energía espiritual*. Madrid: Espasa-Calpe, 1982.

_____. *Memoria y vida*. Comp. Gilles Deleuze. Madrid: Alianza, 1987.

Bertrand, Pierre. *El olvido, revolución o muerte de la historia*. Trad. Tununa Mercado. México: Siglo XXI, 1977.

Calveiro, Pilar. "La memoria como resistencia: Memorias y archivos". *De memoria y escritura*. Coords. Esther Cohen y Ana María Martínez de la Escalera. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2002: pp. 25 - 45.

Castañón, Adolfo. "Sobre un memorial de Héctor Abad Faciolince: *El olvido que seremos*". *Revista Universidad de Antioquia* 293 (2008): pp. 114 - 116.

Escobar Mesa, Augusto. "Lectura sociocrítica de *El olvido que seremos*: de la culpa moral a la culpa ética". *Estudios de literatura colombiana* 29 (2011): pp. 165-195.

Escobedo Prieto, María. "Héctor Abad: «Nunca estoy seguro de si estoy rememorando o inventando»". *Cuadernos hispanoamericanos* 719 (mayo, 2010): pp. 105 - 116.

"Éxito inesperado". *Semana* 1334 (24 de noviembre, 2007). <http://www.semana.com/cultura/articulo/exito-inesperado/89637-3>. Consultado por última vez el 04 de enero de 2014.

Fanta Castro, Andrea. "Imágenes del tiempo en *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince". *Letral* 3 (2009): pp. 28 - 40.

Gaviria Díaz, Carlos. "La justicia de la palabra". *Arcadia* 14 (Noviembre, 2006): pp. 10 - 11.

Gómez de Llano, Ignacio. *El idioma de la imaginación. Ensayos sobre la memoria, la imaginación y el tiempo*. Madrid: Tecnos, 1992.

Halbwachs, Maurice. *La mémoire collective*. Paris: Albin Michel, 1997.

_____. *Los marcos sociales de la memoria*. Trad. Manuel Antonio Baeza y Michel Mujica. Barcelona: Anthropos, 2004.

Le Goff, Jacques. *El orden de la memoria*. Trad. Hugo F. Bazán. Barcelona: Paidós, 1991.

Montesperelli, Paolo. *Sociología de la memoria*. Trad. Heber Cardoso. Buenos Aires: Nueva Visión, 2005.

Nietzsche, Friedrich. *De la utilidad y los inconvenientes de los estudios históricos para la vida*. Trad. Gabriel Moner. Buenos Aires: Bajel, 1945.

Ricœur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Trad. Agustín Neira. Madrid: Trotta, 2003.

Rojas, Danilo. "La denuncia de Héctor Abad". *Semana* 1289 (13 de enero, 2007). <http://www.semana.com/opinion/articulo/la-denuncia-hector-abad/82907-3>. Consultado por última vez el 04 de enero de 2014.

Sábato, Ernesto. *La resistencia*. México: Booket, 2008.

San Agustín. *Confesiones*. Trad. Lorenzo Riber. Valencia: Círculo de Lectores, 1971.

Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Trad. Miguel Salazar. Madrid: Paidós, 2008.

"Treinta años de literatura". *Semana* 1582 (25 de agosto, 2012). <http://www.semana.com/edicion-30-anos/articulo/treinta-anos-literatura/263596-3>. Consultado por última vez el 04 de enero de 2014.

Vargas Llosa, Mario. "La amistad y los libros". *El País*, 7 de febrero de 2007. http://elpais.com/diario/2010/02/07/opinion/1265497213_850215.html. Consultado por última vez el 04 de enero de 2014.

White, Hayden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Trad. Jorge Vigil Robles. Barcelona: Paidós, 1992.

Yeats, Frances A. *El arte de la memoria*. Trad. Ignacio Gómez de Liaño. Madrid: Siruela, 2005.